

CAPÍTULO 28. CARTA N° 28.

No es una mala idea esa de publicar las cartas. ¡Gracias, querida amiga, por la iniciativa! Aunque, por cierto, usted medio me ha quitado otra vez las ganas. Pues si usted piensa realmente en serio que yo las debo reelaborar, no me voy a dejar convencer. Tengo de sobre trabajo en mi profesión. Esto de escribir las cartas lo hago por placer y pasatiempo, y el trabajo no es ningún placer para mí.

Pero confío que usted no lo habrá pensado en serio. Me puedo figurar muy vivamente qué importante lo consideraba usted cuando me llamaba la atención sobre las faltas y exageraciones, sobre las contradicciones y las bromas inútiles, que están muy bien entre amigos, pero que resultan imposibles en público. Esto es una vuelta a los tiempos en que usted hizo su examen de magisterio. Siempre me ha gustado cuando usted, de repente, ha adoptado aires de dignidad. Me parecía como si de un momento a otro fuese a levantar el índice amonestador y mi alegre fantasía le colocaba la mano derecha a las espaldas con la magisterial vara en ella y, sobre su nariz, las inevitables gafas. Y luego me resultaba tan irresistiblemente simpático este trasunto a lo femenino de magisterial pedantería que la dejaba seguir dando clase largo rato, solo por gozar el contraste entre su verdadero ser y sus apariencias. Pero ahora quiero ocuparme seriamente de su serio consejo.

¿Por qué he de privar a mis prójimos de la alegría de encontrar faltas en estas cartas? Sé muy bien lo insoportable que resultan las personas intachables -entre nosotros, los malignos, se les ha llamado ángeles a presión-, sé muy bien el placer que me produce encontrar alguna tontería en alguna parte, y no soy tan falto de consideración como para estorbárselo a los demás. Por otra parte, me imagino que es tanto lo que de útil puedo ofrecer, que no hay por qué tomar en consideración lo inútil que le acompaña. Tal cosa quiero y tengo que imaginármela, pues, si no, no hay lugar a autoadoración de ninguna especie, y sin autoadoración no puedo vivir. Es lo mismo que le decía cuando le hablaba de los granos en la cara y el mal olor de boca. Uno no sabe exactamente si una determinada simpatía es correspondida o no, pero le gustaría saberlo, por eso se procura uno algo repelente y desagradable. “Le gusto a mi amado a pesar de tener la nariz tapada y sudarme los pies; entonces es que su amor es auténtico”, piensa el Ello. Así piensa la novia cuando se encapricha, así piensa el novio cuando, antes de ir a ver a su amada, se llena de vino; así piensa el niño cuando comete alguna trastada, y así piensa mi Ello cuando pone errores en mis trabajos. Voy a dejar los errores tal como están, lo mismo que he hecho en mis anteriores publicaciones a pesar y en contra del consejo de amigos y enemigos.

Hace algunos años envié un manuscrito a uno de mis amigos, a cuyo juicio yo le daba mucha importancia. Me escribió una carta encantadora con muchas alabanzas, pero su opinión era que la cosa era demasiado larga y demasiado cruda. Que tenía la apariencia de un embrión con instrumentos genitales monstruosamente desarrollados. Que debería, acortar, acortar, acortar y que, como resultado, tendría un hermoso niño. Y para enterarme de lo que había que eliminar debería yo actuar como aquel hombre a quien le gustaba mucho salir a ligar. Cuando notaba que estaba ya muy cercano al enamoramiento, se las arreglaba de tal forma que iba al retrete inmediatamente después de la presunta dueña de su corazón. “Es su olor tierno y agradable, como el de bollos recién cocidos, entonces la amo; tiene mal olor, entonces la dejo”. Yo seguí la receta de mi amigo, pero como todo me olía a bollos recién cocidos no taché nada.

Le voy a hacer una propuesta. Dejamos tranquilamente las tonterías que ya están escritas, pero usted me lo comunica cada vez que vea una falta. Yo corregiré el error un par de cartas más tarde. Así el lector concienzudo y puntilloso tendrá su satisfacción, y unas páginas más adelante, cuando se encuentre con la falta corregida, la tendremos nosotros. ¿De acuerdo?

Y ahora vayamos a las faltas que, según usted, hay que eliminar de todas formas. En primer lugar la historia de la creación de Eva. Esta historia le ha escandalizado a usted desde el principio. Y ahora acerca usted los cañones de grueso calibre de la ciencia y me demuestra que esta leyenda no procede del alma popular, sino que debe su existencia a la elaboración del Antiguo Testamento por plumas sacerdotales. Posiblemente tiene usted razón; al menos también yo mismo he leído algo semejante. Pero ello me ha dejado tan frío como muchas otras cosas. Para mí la Biblia es un libro ameno y reflexivo con hermosas historias dignas de tener en cuenta por dos razones: porque se ha creído en ella durante milenios enteros y porque significa muchísimo en el desarrollo de Europa y encierra en sí un trozo de la infancia de todos nosotros. Quién ha inventado esas historias, eso le interesa a mi curiosidad histórica, pero al hombre que hay en mí le va en ello una higa.

Concedido. Los sacerdotes han inventado las historias. En eso tiene usted razón. Pero ahora saca usted de aquí la conclusión de que este mito de la creación no puede ser utilizado por mí -cosa que he intentado hacer- como prueba de la teoría infantil de que la mujer procede del hombre por castración de éste. Y en esto no tiene usted razón. No pretendo afirmar que el niño tiene desde el principio la idea de la creación por castración, al contrario, considero probable que originariamente conoce, al menos, el mecanismo del nacimiento de una manera tan exacta como le es posible a través de su propia vivencia del mismo. Sobre este conocimiento primigenio, sin embargo, se le van aplicando dosis de la idea de castración por parte de sacerdotes de la infancia, padres y demás sabios, y lo mismo que la humanidad judeo-cristiana han creído durante milenios los cuentos de sacerdotes, igualmente cree el niño el cuento de sus propias observaciones y de las mentiras de su educación. Y lo mismo que la creación de Eva de la costilla de Adán ha contribuido y sigue contribuyendo al desprecio de la mujer con todas sus malas y buenas consecuencias, igualmente la idea de la castración no deja de trabajar en nuestra propia alma hasta el fin de nuestra vida. Con otras palabras: es bastante indiferente el que una idea se desarrolle por sí sola o venga impuesta de fuera. Lo decisivo es si se extiende hasta alcanzar las profundidades del inconsciente.

Con ocasión de todo esto voy también a decir unas palabras “malignas”¹ sobre la creación de Adán. A Adán, como usted sabe, le da vida Jehovah inhalándole aliento de vida en su nariz. El que el vehículo sea la nariz me ha llamado la atención. Según esto, me dije, ha de ser algo oloroso lo que dé la vida a Adán. De qué cosa y de qué olor se trataba me di cuenta al leer la narración de Freud sobre el pequeño Hans. Para mí es clara mi explicación, pero usted no necesita aceptarla. El pequeño Hans, en su infantil manera, es de la opinión que “el chorizo”, es decir, los excrementos tal como salen en el momento de la defecación, es más o menos lo mismo que un niño. Y su afectísimo Troll ha llegado a la idea de que aquella antigua divinidad hizo al hombre de su “chorizo”, que la palabra “tierra” sólo se ha puesto por motivos de decencia en lugar de la palabra “excrementos”. El hálito vital, pues, junto con su vivificante perfume habría salido del mismo sitio de donde los excrementos salen. A fin de cuentas el género humano bien vale un pedo.

Y ahora qué, venerada amiga, ¿he introducido yo en la historia de Adán la teoría infantil del nacimiento por el ano o, más bien, se ha desarrollado a partir de la tranquilidad increíble con que el autor bíblico, lo mismo que todos los demás, se queda después de haberse aligerado el vientre?

El segundo error, sobre el que usted me llama la atención, me ha hecho reflexionar. Sería fácil eliminarlo, pero lo voy a dejar también. Permítame que le diga por qué. Cuando traté el complejo de castración conté un episodio del Reineke Fuchs y le atribuí al lobo Isegrim un papel que propiamente corresponde a Hinz el gato. Las causas de esta confusión son, creo yo, enrevesadas. Dudo que las pueda aclarar.

Una cosa es clara de antemano: mi complejo lobo es tan potente que arrastra cosas a su círculo que no le corresponden. Para completar lo que ya he dicho al respecto le voy a contar una aventura de mi infancia. Lina y yo, con algunos otros amigos -tendríamos alrededor de diez y once años-, representamos una vez el Caperucita Roja de Tieck. A mí me correspondió el papel del lobo y lo realizaba con verdadera pasión. Entre

1.- Malignas o del maligno, del Troll. Nótese otra vez lo que hemos dicho sobre la palabra Troll. utilizada también en este caso, y su relación con el nombre de quien firma las cartas. (N. del T.)

los espectadores estaba también una niña de cinco años llamada Paula. A esta Paula yo la odiaba por ser una preferida de mi hermana, y fue una verdadera satisfacción cuando, a lo largo de la representación comenzó a llorar de miedo que le tenía al lobo. Hubo que interrumpir la representación, y yo me dirigí hacia ella, me quité la máscara lobuna y me puse a tranquilizarla. Fue la primera vez que alguien me tuvo miedo, y por lo que sé también la primera vez que gocé del mal ajeno. Y era el lobo el que producía espanto. El episodio me quedó grabado en la memoria, a lo que contribuyó también, sin duda, el hecho de que entre los actores se encontraba, además de mi hermana, la ya varias veces nombrada Alma y un tocayo mío, Patrik, en quien yo vi la primera erección de mi vida.

Este tocayo era propiamente un compañero de mi hermano Wolf; así, pues, tenía algunos años más que yo. Pero, por alguna razón, se había quedado en la escuela primaria a la que yo iba, mientras que mi hermano había pasado al bachillerato. Nosotros los muchachos nos bañábamos mucho en el verano y teníamos, todos juntos, una cabina donde cambiarnos. En esta cabina nos enseñó nuestro tocayo la erección, y casi seguro hizo también algunos movimientos masturbatorios. Al menos nos mostró también una secreción clara e hilosa que colgaba como una gota de la uretra y de la cual nos dijo que se trataba de lo que precedía a la eyaculación del semen, para lo cual también él pronto estaría maduro. Este suceso ha quedado oscuro en mi memoria, y tengo la sensación de que no entendí bien de qué iba el asunto, que lo miré con la tranquila curiosidad de cuando se mira algo nuevo. Por el contrario, otra cosa sí se me quedó bien grabada en la memoria. Mi tocayo echó el miembro y el escroto hacia atrás, cerró los músculos y comenzó a decir que era una muchacha. Yo mismo he repetido este juego muchas veces delante del espejo y, cada vez, he gozado de un singular placer en ello. Yo tengo este suceso por especialmente importante, pues representa el deseo de ser castrado sin mezcla de miedos. Por lo que a mí personalmente respecta, jamás he podido dudar de este deseo de castración. Esto lo demuestran aquí y allá determinadas fantasías en las que trato de imaginarme las delicias de la mujer durante el coito: cómo el miembro pasa por la estrecha abertura y, una vez dentro, se mueve para arriba y para abajo, y cuáles son las sensaciones que origina. Pero desde aquel día en que mi tocayo se nos presentó en forma de chica he prestado atención a otros hombres, y he podido constatar que el deseo falto de temores de convertirse en mujer es común a todos los varones. No hace falta ponerse, para ello, a largas investigaciones. Basta con observar los juegos amorosos entre hombre y mujer y uno se entera que la variación de ponerse el hombre debajo de la mujer acontece alguna vez entre todas las parejas, que la así llamada postura normal, por amor a la cual se tildan a las demás de perversas, a la larga no ha sido totalmente respetada por nadie. Considera uno digno de esfuerzo el ocuparse más detalladamente del asunto y -al menos, el médico debería poseer tanta curiosidad- entonces no le será difícil encontrar semejantes fantasías conscientes entre amigos y conocidos, y si una vez acontece que tales femeninos deseos son totalmente expulsados de la conciencia, basta con llevar a estos sexuales normales a un análisis de su comportamiento en la comida, la bebida, al lavarse los dientes y al limpiarse las orejas. Las asociaciones se trasplantan muy pronto a otras costumbres como fumar, cabalgar, meter los dedos en la nariz y otras cosas. Y cuando todo esto falla porque la resistencia del querer parecer macho es demasiado grande, entonces hay toda clase de manifestaciones patológicas como pueden ser el estreñimiento con sus placenteros esfuerzos por hacer pasar los excrementos por el orificio anal; las almorranas, que localizan el clítoris en esta salida ventral; el abultamiento del vientre y la preñez así simbolizada; la lavativa; la inyección de morfina y las mil aplicaciones de la vacunación, que se ha convertido en moda en esta nuestra reprimida época; el dolor de cabeza con su semejanza a los dolores del parto, el trabajo y la creación destinados a parir los productos del masculino entendimiento. Ponga usted a prueba mis afirmaciones, asalte usted aquí y allá las resistencias de los hombres. Un día -las más de las veces muy pronto- viene el recuerdo, se hace consciente lo que había sido reprimido, y entonces, lo mismo que entre nosotros los menos normales, resulta la siguiente: "Sí, he chupado las mamas de una mujer, y si no lo he hecho, al menos me lo he imaginado; sí, he introducido el dedo en el ano, y no se trataba sólo de los picores que yo quería aplacar; sí, sé que en mí puede despertar muy bien el deseo de ser mujer".

Pero charlo y charlo y no doy razón de por qué, en lugar del gato, hice castrador al lobo, y por qué el párroco, que era a quien en aquella escena del Reineque Fuchs se le privaba de los genitales, resultó ser sustituido por el campesino.

Para la segunda confusión es fácil encontrar una causa. De párroco a páter, padre, que debe ser castrado, hay sólo un paso, y a la palabra páter se le asocia fácilmente la palabra Patrik por afinidad sonora. La amenaza de la propia persona ante los dientes del animal me obligó a reprimir y a caer en este error de mi memoria. Aquí se pone de manifiesto el singular humor del Ello. Permite que mis temores den de lado al páter-Patrik, y por otra parte me obliga a que, en su lugar, tome a un campesino, y Georg -campesino- es, como usted sabe, mi segundo nombre de pila. Así nos burlamos de nosotros mismos.

¿Pero por qué cambié al inocente gato y cazador de ratones por el mucho más peligroso lobo? Pater y Kater² riman, y a quien le gusta la rima agrega inmediatamente Vater³³, y al inconsciente muchas veces le gusta rimar. Así, pues, es al padre a quien reprimí. El padre es naturalmente mucho más temible que el lobo. El tenía cuchillos de sobra, pues era médico, y mientras que mi hermano Wolf a lo sumo llevaba una navaja, junto al plato de mi padre, los domingos, había todo un arsenal con cuchillos de trinchar, algunos de los cuales tenían una alarmante semejanza con los cuchillos de los antropófagos. Él podría haber llegado fácilmente a probar también el filo de sus cuchillos en mi rabito. Después de haberlos afilado un poco al borde inferior del plato, la cosa presentaba todos los visos de ser peligrosa. Ahora me recuerdo también por qué mi padre me parecía como un gato. Alguna de sus adoradoras había alabado sus hermosas piernas, y para darle gusto andaba con botas altas. “El gato con botas”, éste era él, y por aquel entonces leía yo el cuento con especial preferencia, además de que precisamente me había hecho con una serie de pequeños cromos en que se presentaba la historia a todo color.

Ahora el asunto está claro. Para quien está bajo la presión del miedo a ser castrado es el padre mucho más temible que el hermano; el gato, a quien ve todos los días, mucho más de temer que el lobo, a quien sólo lo conoce de oídas, de los “cuentos”. Y además el lobo come sólo a cabritos y becerros, y por tonto no me he tenido yo ni antes ni ahora, pero el gato come ratones -también en el cuento de Reineke Fuchs- y la parte amenazada de castración es un ratoncito que se esconde en el agujero. El miedo de todas las mujeres al ratón lo demuestra. El ratón se esconde debajo de las faldas, quiere ir al agujero que allí se oculta.

Detrás de todo este miedo a que el padre con botas pudiese comer mi ratoncito se oculta otra cosa, algo demoníaco, terrible. Aquel “gato con botas” obliga al mago a que se convierta en elefante y después en ratón. El simbolismo de la erección y consiguiente relajamiento es aquí claro, y como a la edad en que yo leía el cuento y veía la ilustración de Kulbach no conocía el fenómeno, sin duda, por propia experiencia, me siento inclinado a concluir que el mago, primero convertido en elefante y luego en ratón, era mi padre, su palacio y su imperio la madre, y el gato con botas yo mismo, así como yo mismo era también el dueño del gato, el hijo más pequeño del molinero. Como me di cuenta de que no estaba en condiciones de poder aniquilar a todo el hombre con sus magnitudes de elefante, me pareció aconsejable tragarme al menos al padrecito simbólico, al ratón, al miembro del padre. Y en realidad tengo la vaga idea de que fue por aquel entonces cuando yo empecé a llevar por primera vez botas altas. Tanto en el cuento como en sus ilustraciones veía yo mi propia castración y, de una manera mucho más horrible, el deseo criminal de tragarme el ratón del padre para llegar a tomar posesión de la madre. Ambas cosas fueron reprimidas y lo único que quedó fue la inocente rivalidad entre yo y mi hermano Wolf. Y con esto recibe nueva luz la transformación de párroco-páter en campesino-Georg. El deseo de castrar al páter, al padre, es, sin duda, castigado con la propia castración. Mi Ello, que al parecer tiene una conciencia sumamente escrupulosa, reprimió el delito y respetó a la pena, es decir, en cuanto pudo, dejó el deseo sin realización.

¿Me permite usted todavía dirigir por un momento mi atención a las botas? Las botas aparecen también en el cuento de Pulgarcito, y sin duda hay que considerarlas como un símbolo de la erección. Ahora puede usted buscar la interpretación que más le plazca. En primer lugar las botas podrían ser la madre, y según mi opinión lo son. Son la madre y, en general, la mujer que, con orificio vaginal y anal, tiene como dos botas. Pero también, al ser un par, pueden ser los testículos, los ojos, las orejas, tal vez también las manos, que en

2.- Kater es “gato”, en alemán. (N. del T.)

3.- Vater es “padre”, en alemán. (N. del T.)

el juego de precalentamiento andan el paso de siete leguas que lleva a la erección y a la masturbación.

Y con esto estamos ya con la tercera causa de la represión, a saber, la masturbación, una causa de represión muy personal que no encuentra base de apoyo ninguna en el cuento, pero sí en la propia vivencia. Por aquel tiempo me enteré de que el gato, de vez en cuando, se come a sus propios hijos. Siendo yo el gato, mí propio hijo ha debido ser mi propio rabito, que con el juego de botas de las dos manos en la masturbación es condenado, como el ratón, al ocaso. Mala costumbre.

Como usted ve, si me esfuerzo un poco, soy capaz de encontrar argumentos pasables para mi error. Pero me repugna hacer esto. Me tomo el derecho de equivocarme, tanto más cuanto la verdad y la realidad son para mí bienes de valor dudoso.

Salud y suerte a usted y a los suyos,

PATRIK

Volver News-2 ALSF

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org .